

COsas del cine



Conciencia profesional de los artistas de cine

Los no iniciados en materia de realizaciones cinematográficas, que constituyen la inmensa mayoría del público y aun aquellos otros que de cerca o de lejos han tenido que ver algo con el cine, suelen asegurarse que los artistas cinematográficos no viven sus papeles conscientemente, por impedirse el presente desbarajuste imperante en la impresión de los films, ya que por ahorro de tiempo y dinero se filman sucesivamente escenas del principio y del fin o del centro de la cinta, es decir, todas las que se suceden en el mismo desarrollo sin guardar esa sucesión de continuidad que preside en el desarrollo de una comedia o de una novela.

La afirmación de que no viven sus papeles acaso es excesiva, porque para vivir un papel precisa una susceptibilidad extraordinaria, y por lo menos, una de esas susceptibilidades que no se encuentran a la vuelta de la esquina, en el primer «set» o en cualquiera de los escenarios.

Aunque el hecho se produce con cierta frecuencia, forzoso resulta convenir que es algo raro y que puede producirse con mucha mayor facilidad en el teatro, donde el actor está en contacto directo con el público que exige y espía cada una de sus reacciones y además puede ir sintiéndose influenciado instantáneamente por el desarrollo mismo del asunto, que lo arrastra y mata insensiblemente.

Por esta misma circunstancia de la discontinuidad, el trabajo del artista cinematográfico es terrible. Promoverse en situación a cada paso, como se denomina en el argot del cine, el hecho de que el artista, en un momento más estímulo que su propia vo-

luntad, viva el momento exigido por el asunto, es de una dificultad que únicamente pueden expresar quienes por su trabajo diario saben el esfuerzo que deben realizar. El artista de cine va a ciegas, sin más punto de mira ni más control que la labor fiscalizadora del animador.

En el estudio, donde la mecánica es dueña y señora que se sobrepone a todas las demás funciones, no hay medio de comprobar

cuya hostilidad o complacencia no podrá comprenderse nunca.

Y, sin embargo, pese a tantos obstáculos de orden moral y material se oponen a ello, los artistas de cine se interesan muchas veces por los papeles que interpretan. Y llegan incluso a vivirlos apasionadamente, según puede colegirse de la siguiente anécdota:

Ultimamente se estaba realizando en Sicilia una película de la época garibaldina. La cosa sucedió cerca de Carini y es rigurosamente auténtica.

Los comparsas, sin distinción de opiniones, fueron separados en dos bandos: a una parte los borbónicos y a otra los insurrectos sicilianos.

LIRICO Hoy estreno

EL DANUBIO AZUL

Una filigrana musical, con **Brigitte Helm y la mejor orquesta de Tziganes**

EN ESTA PELICULA OIRA USTED EL VALS **DANUBIO AZUL**. UN EXITO MAYOR QUE USTED PUEDE IMAGINARSE, TANTO, QUE EN MADRID Y BARCELONA EL PUBLICO LA HA HECHO REPETIR

si una reacción sale o no lograda, no existen esas demostraciones de aprobación o explosiones de regocijo de los espectadores que permiten apreciar al artista la calidad de su trabajo. La cámara no tiene reflejos y si los tienen son de una índole muy diferente a los que el artista precisa. En cuanto al micrófono, es un objeto caprichoso

Según disponía el argumento de la obra, sicilianos y borbónicos debían entablar un encarnizado combate, con ese encarnizamiento un tanto calmoso que suelen presidir las luchas cinematográficas a causa de las continuas suspensiones para los mejores emplazamientos de las máquinas de tomar vistas.

¿Qué mosca les picó a los comparsas? Nadie lo sabe. Lo cierto es que se acomodaron con tanta saña como el argumento preveía, y con mucho mayor encarnizamiento del imaginado por los directores del film.

En una palabra, que se tomaron sus papeles en serio y como quiera que cada uno de ellos iba provisto de las armas correspondientes, especialmente sables, algunos se liaron a mandobles y el número de chichones fue incalculable. Tanto, que uno denominado Stefano Chimento tuvo que ir al hospital, donde ingresó en grave estado, perdiendo sangre en abundancia.

Eso para que digan que en los comparsas no hay conciencia profesional y que los artistas de la pantalla no viven sus papeles intensamente.

LIRICO Semana próxima

Un formidable programa Paramount

Dos grandes producciones

LA CASA ES SERIA

Cantada y hablada en español por Imperio Argentina y Carlos Gardel. (Strech de corto metraje; tres partes).

La Venus rubia

Por Marlene Dietrich y Gary Grant

Doblada en castellano

Folleto de "La Correspondencia de Valencia" (110)

El Peluquero del Rey

Ramón ORTEGA Y FRÍAS

—Tal vez no se equivoque.
—Y en cuanto a la letra...
—Esa F. será inicial del nombre del padre.
—Del hijo, y esta opinión lo confirma un papel que llevaba medio entre la faja, escrito con letra menuda, y que decía: «Felipe Augusto, Juan, Francisco, María».

—Sin duda los nombres con que habían bautizado.
—Lo mismo pensé yo y así lo fue.
—Volví a meditar el monarca algunos instantes y dijo:
—Canuto, vuelve corriendo a tu casa y trae ese pañal, y el papel...
—¡Ah!—exclamó el peluquero.—El ingrato rapaz, al desaparecer de mi casa, se ha llevado con su capa las pruebas de su nacimiento.
—Y no tiene en su cuerpo ninguna señal?
—No... Ninguna...
—¡Piénsalo bien...
—Una cosa he advertido, pero no he visto a otros y la tengo por natural...
—¿Qué es?
—En el lado derecho de la parte posterior de la cabeza, tiene un pequeño escudo de oro...
—¿Sin pelo?
—¿Cómo lo sabe vuestra majestad?
—¡Ah!... ¡Otra coincidencia!...

—Voy a salir—le dijo el rey.
—He de acompañar a vuestra majestad?—preguntó el mancebo con voz ligeramente alterada.
—Al contrario, me esperarás.
—Bien, señor—dijo Felipe, cuyo rostro palideció aún más de lo que estaba.
—Y no os moveréis de la ante-cámara por ningún motivo, ¿lo entendéis?, por ninguno.
—Esta noche—se atrevió a decir el doncel—me siento algo indispuerto...
—Que llamen al médico si lo necesitáis, pero no os vayáis de aquí.
Esta inesperada orden desbarataba en un instante todos los planes del doctor.
Felipe sintió que le faltaban las fuerzas, comprendió que le sería imposible disimular y se apresuró a decir:
—Nada más tiene vuestra majestad que ordenarme?
—Nada.
Apenas salió de la cámara el doncel se dejó caer en un sillón, frito de fuerzas y aliento, y sus limpios y azules ojos dirigieron al cielo una mirada de súplica desgarradora.
Sufría horriblemente.
No podía dudar que el peluquero, como la vez pasada, había descubierto al rey la proyectada fuga de Isabel; ¿pero cómo dar aviso a sus amigos y protectores? Escribir hubiera sido una imprudencia, porque había que decir al portador de la carta dónde estaba el doctor.
Felipe IV pidió su capa y su sombrero, y sin más compañía que la de Canuto, salió del alcázar, triste, meditabundo y más aturrido y confuso que nunca.
Eran las once.

¡PANICO!

YA SE ACERCA EL

DOCTOR

X

EL FABRICANTE DE CARNE HUMANA
Una producción WARNER BROS-FIRTS NATIONAL
SEMANA PRÓXIMA

De "L'Opera de Quat'Sous" y "Soy un fugitivo"

No cabe imaginar dos películas más esencialmente distintas entre sí que «L'Opera de Quat'Sous» y «Soy un fugitivo», y, sin embargo, ambas coinciden en un mismo anhelo de superación. En ambas palpa la misma inquietud por salirse del campo demasiado trillado en que se venía desenvolviendo el cine sonoro.

La primera, «L'Opera de Quat'Sous», se vale principalmente de la fantasía. Pabst, el genial animador, creó en ella un mundo artificioso, irreal, caricaturesco, donde los hombres y las cosas adquieren un carácter simbólico y un relieve agresivo que conmueve y subyuga al espectador hasta la obsesión.

La otra producción, «Soy un fugitivo», obtiene el mismo resultado, pero sin salirse de la realidad más estricta. Mejor dicho, el resultado es mucho más amplio, mucho más extensivo en «Soy un fugitivo», por cuanto la emoción es siempre más directa y asequible cuanto esta realidad es tan dura y punzante como la historia de Robert Elliot Burns, que ha servido de base a este film excepcional.

—Ustedes hablan y hablan de la belleza clásica, de las proporciones ideales de la Venus de Milo, pero yo les aseguro a ustedes que si la mujer que sirvió de modelo a la famosa estatua viniera hoy a Hollywood, no hallaría un director capaz de contratarla. Sobre poco más o menos, la respuesta que en todas partes le darían sería ésta: «Perdone usted, señora, usted no es mi tipo». Su belleza de líneas purísimas no es lo estilizado que hoy pide el público, ni sus rasgos tienen la expresión vivaz que las películas requieren. Y la pobre Venus de Milo, saliendo del estudio como cualquier extra rechazada, miraría con envidia a Marlene Dietrich, su sucesora de 1933, la Venus rubia descubierta por Paramount y artísticamente moldeada por Joseph von Sternberg. Tanto cambia la moda, no sólo en el atavío, sino en el ideal de belleza.

La belleza clásica y la moderna

Los artistas de Hollywood creen que la estrella actual más parecida a la Venus de Milo es Marlene Dietrich, «La Venus rubia». Marlene tiene la estatura de cinco pies y cinco pulgadas y pesa 58 kilos. Su contorno de busto es de 38 pulgadas; la Venus de Milo tenía 46. Su cintura mide 30 pulgadas; la Venus de Milo mide nueve más. Por ello la Venus clásica tendrá que resignarse a dejar su cetro a «La Venus rubia», a la Venus moderna. Ella fue en su día el ideal de belleza...; pero ese día ya pasó.

Los enemigos de la Iglesia alentaron con homenajes y elogios la actitud de rebeldía del sacerdote excomulgado, y en su honor se celebraron fiestas de carácter anticatólico, con gran escándalo de unos y otros. Masones y protestantes abrieron los brazos; su nombre y sus palabras aparecían frecuentemente en la Prensa seular, que lo declaraba un hombre independiente, verdadero demócrata y apóstol de la conciencia libre. Así pasaron algunos meses de apoteosis. Conseguido el escándalo, aquellos que buscaban el daño de la Iglesia, lo abandonaron muy pronto a su suerte, y no habiéndole cumplido las promesas que le hicieron al principio, comprendió ya muy tarde que había servido de instrumento de propaganda sectaria. Mas, cerrados los ojos por una venda de orgullo, se dio de lleno a la labor de difamación y calumnia contra la Iglesia y los obispos, escribiendo uno de los libros más infames que el odio sectario ha podido inspirar, titulado: «Treinta años en el Infierno», refiriéndose a los años que pasó al servicio de la Iglesia, hasta que «su conciencia» lo lanzó a la

La Venus de Milo y Marlene Dietrich

Aparte de ser el gran animador cuyas dotes creadoras conocemos, Joseph von Sternberg es, al mismo tiempo, un humorista. No hace mucho, hablando de la belleza clásica y la belleza moderna con motivo de una discusión suscitada acerca de las analogías existentes entre la Venus de Milo y la famosa intérprete de «La Venus rubia», decía el animador alemán a sus colegas de Hollywood:

PAPELES YHOMAR A. GAMIR

Regula funciones intestinales

CAFÉ SUBLIME
SIXTO AYORA
SÁN VICENTE, 92
Teléfono 13284 — VALENCIA

El caso del padre Fresenberg

Treinta años en el Infierno

En la ciudad de Amarillo, Estado de Texas, acaba de fallecer repentinamente, mientras cuidaba las flores de su jardín, el Padre Bernardo Fresenberg, a la edad de 80 años. Por su vida agitada, por su dolorosa caída y escándalo, por su vuelta al seno de la Iglesia, y, sobre todo, por sus escritos anticatólicos durante los años de su apostasía, que traducidos al español e impresos por una casa editora protestante, tuvieron una extensa circulación en los países hispanoamericanos, creemos de actualidad dedicar unas frases a la memoria del Padre Fresenberg.

Nacido y ordenado en Alemania, vino a los Estados Unidos muy joven, trabajando consecutivamente por espacio de treinta años en la diócesis de Belleville, Estado de Illinois. Por su talento y actividad fué elevado a puestos de honor y responsabilidad por los obispos de la diócesis, pero un día, por extralimitarse en las manifestaciones de ideas y opiniones que afectaban al Dogma, fué requerido por su obispo para que cesara en su conducta, que producía escándalo, mayormente en una población en donde los católicos estaban en minoría y por especiales circunstancias de una época de agitación religiosa.

El Padre Fresenberg no atendió las advertencias del obispo, su superior, y en una carta pública que envió a un diario de Belleville, después de insistir en que la expresión de sus opiniones obedecía a la voz de «su conciencia» y que no estaba dispuesto a rectificar las manifestaciones hechas, según pedía el obispo, dejaba ver su intención de pasarse al campo enemigo. Contra sus deseos, y después de haber tratado de apartarle del camino de la apostasía, el obispo de Belleville lo declaró excomulgado, resolución dolorosísima que fué aprobada por la Santa Sede.

Los enemigos de la Iglesia alentaron con homenajes y elogios la actitud de rebeldía del sacerdote excomulgado, y en su honor se celebraron fiestas de carácter anticatólico, con gran escándalo de unos y otros. Masones y protestantes abrieron los brazos; su nombre y sus palabras aparecían frecuentemente en la Prensa seular, que lo declaraba un hombre independiente, verdadero demócrata y apóstol de la conciencia libre. Así pasaron algunos meses de apoteosis. Conseguido el escándalo, aquellos que buscaban el daño de la Iglesia, lo abandonaron muy pronto a su suerte, y no habiéndole cumplido las promesas que le hicieron al principio, comprendió ya muy tarde que había servido de instrumento de propaganda sectaria. Mas, cerrados los ojos por una venda de orgullo, se dio de lleno a la labor de difamación y calumnia contra la Iglesia y los obispos, escribiendo uno de los libros más infames que el odio sectario ha podido inspirar, titulado: «Treinta años en el Infierno», refiriéndose a los años que pasó al servicio de la Iglesia, hasta que «su conciencia» lo lanzó a la

apostasía. Los masones y protestantes, que ya lo habían abandonado, llevaron a cabo la traducción al español y repartieron el infame libro por Centro y Sudamérica.

Más de veinte años permaneció alejado de la Iglesia y combatiéndola rabiosamente con otros libros corrosivos. Pero un buen día de Dios, el dolor llamó a la puerta, y, como Saulo en el camino de Damasco, respondió generosamente a la voz del amor y del perdón. El actual obispo de Amarillo, monseñor Gerken, fué su Ananías, y lo condujo paternalmente, después de una larga prueba impuesta por la magnitud del escándalo causado, al pie del altar que había servido ante con tanta sinceridad y devoción.

A los tres años de su regreso a la Iglesia, la muerte lo ha sorprendido entre las flores de su jardín, una hora después de haber celebrado su última misa. Al día siguiente monseñor Gerken presidió las honras fúnebres en la catedral de Amarillo y acompañó el cadáver, revestido con los ornamentos sacerdotales, hasta el cementerio.

Las revistas protestantes, que se aprovecharon del escándalo de su apostasía, no dieron cuenta de su vuelta a la antigua fe.

Marcial ROSSELL
New York, marzo 1933.

Inauguración del Colegio Oficial de Matronas

Anteayer se celebró el acto de inauguración oficial del Colegio de Matronas.

Asistieron gran número de colegiadas, y se demostró el gran entusiasmo que existe por la colegiación y el sentimiento de compañerismo que se siente en la clase matronal.

Presidió el acto, en representación del excelentísimo señor gobernador, el presidente del Colegio Médico, don Antonio Cortés Pastor; pronunciaron discursos la presidenta del Colegio, doña Consuelo Campos; el presidente del Colegio de Practicantes, don Vicente Juan Mares, y el doctor Cortés Pastor.

Posteriormente, se celebró un banquete en el restaurant Termas Victoria, en homenaje a la presidenta del Colegio de Matronas, doña Consuelo Campos.

Asistieron más de 50 comensales, ofreciendo el homenaje en elocuentes palabras, doña Aurora Mosquera, y posteriormente hicieron uso de la palabra, entusiasmando a los asistentes al banquete, el doctor Cortés Pastor, la homenajeada y don Vicente Juan Mares.

Felicidades efusivas a la señora Campos y al Colegio Oficial de Matronas de la provincia de Valencia.

LEA USTED TODOS LOS DIAS
La Correspondencia de Valencia

observar y ver si entran en la celada de mi hija.
—Está inmediata a la que ocupa la condessa...
—Mejor... La casualidad nos favorece...
La abadesa meditó algunos instantes, y poniéndose luego de pie dijo:
—Seguidme...
Salieron de la celada.
—Ven—dijo rey a su peluquero.
Atravesaron una galería, entraron en otra, y a los pocos pasos se detuvo la anciana.
El rey la miró.
Ella extendió un brazo, señaló a dos puertas poco separadas y luego abrió otra que había enfrente.
Sobre esta última, que como las otras era pequeña, había una ventana cerrada solamente con vidrios y que debió practicarse para dar entrada a la luz mientras la puerta estuviera cerrada.
La abadesa, el monarca y Canuto entraron en un aposento reducido y completamente desahogado.
—Ahora—dijo la abadesa al rey en voz muy baja—traeré una silla, y subido en ella y sin luz podréis observar cuanto suceda en la galería.
Felipe IV hizo una señal afirmativa con la cabeza.
Salió la anciana, y pocos minutos después volvió con una silla.
—Creo—dijo siempre en voz baja—que nada más necesita vuestra majestad.
—Gracias, madre.
Quedaron solos el monarca y Canuto.
Algunos minutos permaneció Felipe IV con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.
(Sigue a la vuelta)

